



TIERRA

Estampa Guajira de Dysis Guira

Suplemento N° 5 de *situación*

"Ancha es la tierra en Cuba inculta y clara la justicia de abrirla a quien la emplea, y esquivarla a quien no la ha de usar".

José Martí

Cuando Cuba era para los turistas una colorida postal de cielo azul, altas palmeras, hoteles fabulosos y una tentadora promesa de trópico y "latinoamérica" a una hora escasa de vuelo desde la Florida,

Cuando las agencias noticiosas internacionales ocultaban celosamente el régimen de terror y muerte que imperaba en la isla, y el avance arrollador de las fuerzas revolucionarias,

Entonces y desde siempre,

Desde que menguaron nuestra independencia con la Enmienda Platt añadida a la primera Constitución Cubana de 1901, y la naciente República siguió siendo una humillada factoría, millones de seres humanos vivían condenados a la más espantosa miseria en las zonas rurales de Cuba.

Esa era la otra cara de la postal. La que, si acaso, se denominaba "tipicismo" y "color local". En la otra cara de la postal las cifras estadísticas pintaban cuadros escalofriantes:

La ganancia promedio del obrero agrícola cubano por día sumaba 25 centavos (1). Con esos 25 centavos debía atender sus necesidades y las de toda su familia.

El 60 % de los campesinos vivía en bohíos (2) con techos de guano (3) y piso de tierra, sin servicio ni letrina sanitaria, ni agua corriente.

El 85 % de los bohíos tenían una o dos piezas, donde se hacinaba la familia guajira (4) en terrible promiscuidad.

El 90 % utilizaba faroles portables de querosene para el alumbrado.

El 30 % carecía de luz de ninguna clase.

El 44 % no asistió, no pudo asistir jamás, a una escuela.

Originalmente esta obra fue escrita, con el mismo nombre y la mayor parte de sus personajes, para un Festival de Teatro Cubano, auspiciado por el Teatro Universitario de la Universidad de La Habana, que se celebró durante el mes de agosto del año 1955.

Su puesta en escena inicial se efectuó en el "LYCEUM" de La Habana, y posteriormente se montó en el "LICEO" de Guanabacoa, sociedades ambas dedicadas a labores de difusión cultural.

Para su publicación actual la he reescrito casi totalmente, conservando, en líneas generales, la idea central primigenia.

El tema guajiro en Cuba ha sido fuente de creación desde los principios de nuestra literatura, en sus diversas expresiones: poesía, cuento, teatro, novela, etc. Mi "Estampa" no hace más que seguir esa orientación tradicional y legítima en las letras cubanas.

Prende dar una idea, más o menos exacta, del

El 43 % era analfabeto.

El alimento principal de la familia campesina consistía en arroz, frijoles y viandas (5).

El 89 % de las familias guajiras no tomaba leche.

El 96 % no comía carne.

El 98 % no consumía huevos.

La alimentación de la familia campesina cubana tenía un déficit de más de mil calorías diarias, con ausencia de vitaminas y minerales fundamentales.

El 14 % de los guajiros padece, o ha padecido, de tuberculosis.

El 13 % ha sufrido la tifoidea.

El 36 % confiesa estar parasitado.

Quizás los turistas no hubieran encontrado tan fascinante esta otra cara de la postal.

En ella vivían María Rosa y Nico y Francisco y todos los personajes de mi "Estampa".

(1) 25 centavos de dólar. El peso cubano es equivalente.

(2) Vivienda típica del campesino cubano antes de la Revolución. Idéntica a la vivienda del indio precolombino en la isla.

(3) Techo de la hoja de palma.

(4) Campesino.

(5) Patatas y tubérculos similares a la patata, como el ñame, la malanga, etc.

(Los datos estadísticos están tomados de una encuesta realizada en el año 1957 por la Agrupación Católica Universitaria, publicados en la revista "Carteles" de marzo 16 de 1958, página 38 y siguientes, y reproducidos en el número especial de "Lunes de Revolución" de mayo de 1959, página 26).

"Los hombres de pies descalzos, los bohíos de pisos de tierra y techo de guano, se acabaron. La miseria y el hambre se acabaron. Los latifundios se acabaron".

Fidel Castro

ambiente y la forma de vida del campesinado cubano, en la época de los latifundistas, los mayores, los politiqueros y los sargentos. Vale decir, en toda nuestra historia anterior al triunfo revolucionario. Y servir en algo a la denuncia de un sistema social inhumano, y a la defensa de la evolución.

La Ley 3 de la Sierra Maestra formuló la decisión fundamental revolucionaria de liquidar la injusticia en el agro cubano. Y el 17 de mayo de 1959, en La Plata, Sierra Maestra, El Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario decretó la Ley de Reforma Agraria.

Ahora el guajiro es dueño de su tierra.

Cientos de Cooperativas Agrarias funcionan en la isla. Y cada día aumenta su número.

Hay escuelas, médicos, tiendas del pueblo, viviendas decorosas.

A Ignacio le crecieron las barbas en la Sierra.

Y Francisco tiene un fusil.

Este no es un prólogo. Los prólogos sirven para que autores importantes presenten a escritores noveles. Son algo así, cuando no se escriben para lucimiento propio, honestamente, como el espaldarazo al nuevo.

Por lo tanto estas líneas, si bien en la función mecánica, ir en la parte delantera de un texto literario, parecieran serlo, no lo son. Por dos razones: la primera porque no soy importante. Apenas un autor afortunado. Y la segunda, porque Disys Guira no necesita presentaciones. Quienes hayan leído sus poemas, quienes hayan penetrado en la médula madura de sus décimas, saben que no necesita presentaciones ni espaldarazos.

Pero sin embargo, si estas líneas son necesarias, nadie mejor que yo para hacerlas, así, brotantes, desmañadas, pero con toda la pasión que pongo en las cosas que me interesan. Las hago porque Disys Guira es mi hermana, mi hermana aunque hayamos nacido a miles de kilómetros el uno del otro, de padres y madres distintos y seamos de diferentes nacionalidades y razas. Nos hemos reconocido como tales. Eso vale más que un análisis de sangre. Eso me da derecho y me crea obligaciones. Y cumplo con ambas cosas.

Disys es cubana. Cubana como Fidel, como Raúl, como Camilo, como el Che. Pertenece a esos que han justificado la razón de luchar, de morir, de no entregarse.

Disys es joven, como lo son los héroes legendarios y románticos que parecían sepultados para siempre en el hierro y el cemento de la era atómica. Habían sido borradas las edades de la historia y sólo se contaban los cañones, los aviones, los dólares. En Sierra Maestra le dijeron a la humanidad que el hombre sigue siendo la medida de todas las cosas. Disys es mujer.

Por todo eso, por cubana, de la tierra de los mambi que perduran, por joven, cuando sólo serlo era un grave delito ante los batistianos, por mujer, fuente del amor, pagó su precio. Un precio que se cuenta en sangre, en dolor, en luto.

Fue la voz de Sierra Maestra, de la Habana ilegal en Latinoamérica, cuando el pico invencido sólo cobijaba un puñado de visionarios.

La lucha, sin treguas, a dentelladas, acalló a la escritora. Sólo la pausa del insomnio en alguna ciudad lejana de su Santiago, de su Habana, la enfrentaban con la cuartilla.

Allí volcaban sus sentimientos lo mejor de sí, su dolor se convertía en esperanza, en tierra endecha a la patria lejana y oprimida. Cuando esos poemas tomen la forma de libro, Disys será conocida así, por el nombre, como otras a quienes los latinoamericanos llamamos Gabriela, Juana, Alfonsina.

Ahora "Tierra". Si antes la escritora fue acallada por la guerrillera, hoy sigue postergada por la revolucionaria. Sólo el pedido del compañero, el enojo del amigo, el convencerla de que era una contribución efectiva a la lucha, la hicieron retomar viejos apuntes y estructurar esta estampa guajira.

Si, es una estampa simple y lineal, como lo son las miserables vidas de sus personajes a quienes la miseria y el hambre no dan tiempo para retorcimientos, para complejos.

"Tierra" es la vida del guajiro de "siempre", como dicen los cubanos. De ese "siempre" que termina el 1º de enero de 1959, que termina con la Reforma Agraria.

El dolor de sus vidas grises, de sus sufrimientos están captados desde adentro, como uno más de ellos, dicho con sus propias palabras. Es su idioma, por encima de los pintoresquismos y del folklore, una muestra cabal de autenticidad dramática que nos hace sentir en medio del cañaveral yanqui en tierra cubana. Disys, rubia y ciudadana, es sin embargo una más de ellos, guajira como sus mujeres. Autora y personajes se funden en uno, forjados en el rojo vivo de la inspiración.

Podría seguir escribiendo acerca de sus méritos teatrales, decir que señala la aparición de esa rara flor que se llama autora dramática. No. Diré únicamente que "Tierra" tiene una virtud, la mayor de todas.

Terminada su lectura comprendemos porqué cuando habla Fidel, los guajiros lo aplauden haciendo sonar sus machetes en lo alto. Y también, de qué habla Fidel.

SOLLY

Buenos Aires, julio de 1960.

PERSONAJES

Por orden de aparición:

RAMON: Viejo. Podría tener mil años. Es el cantor. Loco. Flaco. Mulato. Ropas raídas.

MARIA ROSA: 35 años. Esposa de Francisco. Tiene el aire del sufrimiento acumulado y sin edad. Enteca. Alguna vez, hace mucho tiempo, pudo haber sido bonita.

BLANCA: Vieja. Todo lo ha visto. Lo sabe. Está resignada.

FRANCISCO: 42 años. Marido de María Rosa. Trabajador. Gastado en el surco. Tostado por el sol. Flaco. Envejecido. Sin esperanzas.

LUCIA: Joven. Curiosa. Con sus pobres ropas trata de arreglarse lo mejor posible.

NICO: 11 años. Hijo de Francisco y María Rosa. Soñador. Desnutrido y pálido.

TOMASITO: 14 ó 15 años. Es casi un hombrecito.

IGNACIO: 25 años. Rebelde. Trabajador. Quiere cambiar la vida.

DOMINGO: Viejo. Resignado. No cree en nada.

FELICIA: Espiritista. Vieja. Conoce su importancia en el lugar.

GUAJIRO 1º.

GUAJIRO 2º.

GUAJIRO 3º.

GUARDIA 1º.

GUARDIA 2º.

GUAJIROS y GUAJIRAS.

VESTUARIO: Trajes típicos del guajiro cubano. Remendados, pero no sucios.

TIERRA

Estampa Guajira de Dysis Guira

Se levanta el telón. Cámara negra de fondo. Por uno de los laterales sale Ramón, lleva una guitarra, toca y canta. Atravesará la escena lentamente. Un foco de luz cae sobre él, siguiéndolo hasta que desaparece.

RAMON. —

Yo vengo de mi cantar
y hacia mi cantar camino.

Mi sendero campesino
anda en el mismo lugar.

La nube me vio pasar
por el agua de su llanto.

Horizonte de quebranto
cierra el contorno del viaje:

Sólo me queda el paisaje
del camino de mi canto.

Me amanece la mañana
por la espalda sin abrigo.

La mañana que persigo
no amanece en mi mañana.

¿Dónde encontraré la hermana
pasión de mi rebeldía?

Vendida por su agonía
hambre de tierra y cosecha,

una mañana maltrecha
me amanece cada día.

Un niño sin corazón
bajo la tierra tendido,
jugaba con el herido
lamento de mi canción.
Un hombre sin ilusión
sobre la tierra clavado,
por el niño despojado
dormido en la entraña oscura,
agarró la empuñadura
de su machete afilado.

Yo voy hacia mi cantar
y de mi cantar yo vengo,
yo tengo mi canto y tengo
mi solitario vagar.
Yo busco para encontrar
sin buscar lo que yo encuentro.
En el centro de mi centro
un niño de tierra llora,
un hombre busca la aurora
por mi corazón adentro.

Se abre la cámara negra

PRIMER ACTO

ESCENOGRAFIA

La escena aparece dividida en dos aposentos: la sala y un dormitorio. La sala con puerta al foro, amueblada humildemente con dos butacas

desvencijadas, una mesa de madera sin pulir y recostados contra las paredes, varios taburetes viejos. Sobre un pasillo, que parecerá conducir a la cocina, colgado de un alero, un farol de luz brillante. En el dormitorio, dos camas de hie-

rro, una grande de matrimonio y otra pequeña. Entre ambas una mesita o velador. En las paredes estampas de santos y un gran cuadro de la Virgen de la Caridad. En algún rincón un pedazo de espejo roto. Sala y dormitorio se comunican por un vano sin puerta. La impresión ha de ser la del típico interior de un bohío cubano.

ILUMINACION

Del foro llega directamente la luz a la sala. Luz vespertina del trópico. El dormitorio estará iluminado en menor grado. La acentuación o disminución de la luz depende del desarrollo de la trama.

Finalizando las décimas de Ramón se descubre el telón lentamente. En escena, María Rosa planchando ropa que saca de una tina. La tabla de planchar está colocada entre dos taburetes. A los pies de María Rosa hay un anafo con carbones encendidos y una plancha de hierro. En las manos tiene otra en uso. La guitarra y el tralaleo de Ramón seguirán oyéndose, aunque cada vez más débilmente. María Rosa está semi de espaldas al público.

MARIA ROSA. — (Sin dejar de planchar) Pol ahí anda Ramón otra vez. Sería mejor que se fuera a cantal a otro lao. (Deja la plancha y queda pensativa) Cada vez que viene es pa trael desgracia.

VOZ DE RAMON. — (A lo lejos) Un niño sin corazón bajo la tierra tendido.

MARIA ROSA. — (Llevándose los puños a los oídos) Ayel, y anteayel... Es pa volverse loca con ese canturreo... ¡Ay, mi madre!

Por el foro, haciendo grandes aspavientos de calor y cansancio, aparece Blanca. María Rosa no se perca de su llegada. Blanca se queda mirándola un rato, semictrañada.

BLANCA. — (Entrando) ¡Ave María Purísima, mujel! ¿Se pué saber qué te pasa que parece la viva estampa e' la desesperación?

MARIA ROSA. — (Yendo hacia la recién llegada, en transición, medio avergonzada) Ná, comay. No me pasa ná. Es que Ramón con su cantaleta me tiene con los nervios e' punta. pero acabe e' entral, comay...

BLANCA. — ¡Pobre viejo! Ahoriteca mismo me lo acabo de encontrar. Tá más flaco que nunca y tó rípiáo con la ropa que se le quiere cael a pedazos. A mí no me mete miedo. Sí no hace ná. A él lo único que le impolta e' que lo dejen cantal en paz. Nunca se ha metío con naidem, que yo sepa. Hacía tiempo que no andaba pol estos laos.

Blanca se sienta en una de las butacas mientras habla, y María Rosa se pone a doblar alguna ropa ya planchada mientras la oye.

MARIA ROSA. — Hace ya como tres o cuatro días que anda pol aquí. Usté sabe que la gente dice que pol donde anda él las cosas se ponen malas.

BLANCA. — La gente dice muchas cosas. Con tal de hablal, a cualquiera le cuelgan un sambenito.

MARIA ROSA. — Yo no sé ná de ná, Blanca. Pero acuédese la otra vez que apareció. Fue cuando el ciclón aquel que vino, que pol poco nos lleva a tó el mundo, y después casi que nos morimos de hambre. Polque se arrancaron de cuajo los sembrados y la Compañía no quiso pagar.

BLANCA. — Las cosas pasan cuando tienen que pasal y se acabó. No hay que andal echándole la culpa a los infelice.

MARIA ROSA. — Lo que pasa es que usté le tié cariño a Ramón, y por eso siempre lo defiende. Yo no digo que sea culpa de él. Es la desgracia que tiene.

BLANCA. — Desgracia fue la que lo puso así, y no estos inventos de la gente. Tú dices que le tengo cariño. La veldá es que sí, ¡cómo no se lo voy a tener! Si casi, casi que nos eríamos juntos. Después pasó aquéllo, y se volvió así. Se quedó sin conocele a naidem, y le dio pol ahí, pol cantal...

MARIA ROSA. — (Curiosa, acercándose.) ¿Cómo fue la cosa, comay? Yo nunca me he podío enteral bien. A naidem le gusta hablal de ese asunto. El mismo Francisco se queda callao cuando le pregunto, y me contesta que a veces es mejor no saber las cosas.

BLANCA. — Polque la gente tié miedo, María Rosa. Pero yo no. La veldad es que ya yo estoy muy vieja pa' tenerle miedo a ná. Ya yo he visto tantas cosas en esta vida que no me asusto e ná en este mundo.

BLANCA. — (Transición a recuerdo. María Rosa, a poco de empezada la narración de Blanca, se sienta, siguiéndola con atención) El asunto sucedió hace mucho tiempo. Entoavía tú no habías ni nacido, por aquella época. Recuerdo que tu madre estaba recién llegá del pueblo, y andaba haciéndose la orgullosa con la gente e'pol aquí...

MARIA ROSA. — (Medio en protesta) Usté siempre con sus cosas.

BLANCA. — Te digo que era así, mujel, vaya. Pero no empiece a interrumpirme que si no me calló y no te cuento ná.

MARIA ROSA. — Ande comay, no se ponga brava.

BLANCA. — Güeno. La familia e' Ramón vivía por allá, celea el camino que va pal río. El padre era un hombre muy serio, sabía leer y escribir. Y se iba toas las semanas pal pueblo a complal los periódicos. Decía que había que estar enterao e' las cosas. Caminaba leguas y leguas. Y luego se pasaba las noches en claro, leyendo con una vela. Naidem podía decir que no fuera trabajadol, polque muy tempranito se diba como to el mundo, a trabajal en los campos, aunque no hubiera dormío en toiteca la noche. Güeno, parece que en aquella época había líos con el Gobierno, allá en La Bana, y la gente andaba medio vuelta. Aquí to andaba igual que siempre, lo único que habían mandao más gualdías, y pol tos laos andaban los amarillos esos, asustando a la gente. Me acueldo que una vez se aparecieron pol mi casa, y nos llevaron una mano e' pollos y un cochino que mi taita tenía cebando, los muy desgraciaos. Güeno, la gente no decía ná, pero a naidem le gustaban esas cosas y el padre de Ramón se puso a reunir a la gente y a decirle que tenían que hazel algo, que las cosas no podían seguir así y que qué se yo. Parece que hubo alguno que se fue con el cuento a la rural. Y una noche se aparecieron siete gualdías en casa Ramón, y sin decir ná ni ná, los mataron a tos. A Ramón, parece que no lo vieron, polque estaba pol afuera e' la casa, y cuando vio a los gualdías se escondió entre los matojos. Tenía como 13 años, entonces. Al otro día to el mundo se enteró e' lo que había pasao y Ramón no aparecía pol ninguna parte. Cuando apareció todo desarrapao, tenía la misma mirá de ahora, y andaba con esa misma guitarra que tú le ves. A él siempre le había gustao el guitarreo. No hablaba ni ná. Lo único que hacía era cantal y cantal que partía el alma. A él no le hicieron ná. Total, ya qué le iban a hazel. Así jué la cosa, mi'ja. Que ná de lo que estoy diciendo e' cuento.

MARIA ROSA. — ¡Qué horror, Virgen Santa! ¿Y la justicia no hizo ná?

BLANCA. — ¡La justicia? No me hagas reil muchacha...

MARIO ROSA. — Parece mentira que puean pasal esas cosas.

BLANCA. — Yo he visto mucho, mi'hja, mucho. Pero no se arregla ná con decir las cosas. Mejor sería ni acoldarse e' na'.

MARIA ROSA. — Es veldá. (Se levanta y vuelve a su planchado, mira la ropa y coge varias piezas ya dobladas) Voy a lleval esto pa' l cuarto y en seguidita cuelo un poco e' café.

BLANCA. — Si tú quieres lo hago yo.

MARIA ROSA. — No, mujel, no. Quédese ahí, descansando un rato. Que todavía le falta una buena caminá antes de llegar a su casa. (Vase hacia el cuarto, donde se le ve arreglar las ropas con cuidado encima de la cama. En la sala queda Blanca, revolviendo la ropa sin planchar. Al rato María Rosa pasa para la cocina)

BLANCA. — (Revolviendo la ropa) Aquí tiene pa rato, con to esto.

Por el foro se oye el rumor de cascos de un caballo que se acerca. Un perro ladra.

VOZ DE FRANCISCO. — ¡Quieto, Canelo, quieto!

Se detiene el caballo, y por la puerta entra Francisco, quitándose el sombrero de yarey.

FRANCISCO. — (Viendo a Blanca) ¡Qué buen viento la trajo pol aquí, comay? Hacía días que no la veía.

BLANCA. — Polque cuando yo vengo tú no estás, pero yo no me olvido de darme mi vuelta a cada rato.

FRANCISCO. — ¿Y María Rosa, ahónde está metía?

BLANCA. — Tá colando café. Cuando llegué me la encontré medio nerviosa por el canto e' Ramón.

FRANCISCO. — Sí, ende que volvió Ramón, anda así. La veldá e' que a mí tampoco me gusta er cantao ése. Ojalá que no hubiera venío. (Se queda un poco serio)

BLANCA. — No ande creyendo en boberías, Francisco.

FRANCISCO. — Pué sel que sea como usté dice, comay. Pero pa mí, que mejor no hubiera venío. Es un ave de mal agüero.

MARIA ROSA. — (Entrando con el café en unos jarritos de lata) (A Francisco) Te oí llegar. ¿Cómo es eso que andas pol aquí tan temprano?

FRANCISCO. — Vine a vel sin andaba Nico pol aquí, pa que fuera hasta el batey a buscar unos papeles en casa el doctol Almeida, que me dijeron que estaban pa hoy.

MARIA ROSA. — No sé dónde se pué hazel metío. Yo creía que estaba contigo. ¡Con tal que no se haya díó a bañal pal río!

BLANCA. — No empiece a preocupalte, mujel. De seguro que se ha quedado pol ahí, entretenido pol algún lao. Todavía no has aprendío a conocele a tu tijo, que siempre está pensando en las musarañas.

FRANCISCO. — Lo que es a mí, no ha salío.

MARIA ROSA. — Siempre lo están criticando. Ca'uno es como es.

BLANCA. — Si no es crítica, María Rosa, es que a los muchachos hay que espabilarlos.

FRANCISCO. — Yo me paso la vida diciéndoselo, comay. Pero ella, ná. Se cree que es pa mortificar al muchacho. Yo lo que quiero es que se haga hombre.

BLANCA. — Y así debe sel.

FRANCISCO. — *(Tomándose su café de un sorbo, se limpia la boca con el dorso de la mano)* Güeno, me tengo que dil. *(A María Rosa)* No se te vaya a olvidal.

MARIA ROSA. — A mí no se me olvida ná. Además lo tengo que mandal al batey a llevar una ropa. *(Transición)* Lo que yo quisiera saber qué papeles son éstos, Polque yo quisiera saber que tejemanaje son los que tú te traes.

FRANCISCO. — Las mujeres no tienen polqué estarse metiendo en las cosas e' los hombres. No me ande con tanta averiguación.

MARIA ROSA. — No si yo...

BLANCA. — Déjalo a él, María Rosa. No seas pendenciera.

FRANCISCO. — Gracias, comay. Convenzámela a vel si se le quitan los nelvisimos. Güeno, abur. No se pielda comay. *(Vase. Sonido de caballo que se aleja)*

BLANCA. — Que Dios te acompañe, Francisco. *(Le alarga el jarrito a María Rosa)* Taba güeno el café, mi'ja.

MARIA ROSA. — Que le aproveche, comay. *(Pone los jarritos encima de la mesa)* Tengo que apuralme con el planchado, que sino, no telmino. *(Agarra una pieza de ropa y coge la plancha que estaba calentándose en el anafe, sustituyéndola por la otra)*

BLANCA. — Es buen hombre, tu marío.

MARIA ROSA. — Sí, Francisco es muy güeno.

BLANCA. — Tú no te debe ponel a preguntal lo que no te dicen. A los hombres no les gustan esas cosas.

MARIA ROSA. — Es que él siempre me lo ha contao tó. Y de un tiempo a esta parte anda de lo más misterioso con ese doctol Almeida.

BLANCA. — ¿Y ése quién es?

MARIA ROSA. — Ná, un abogado del bafey.

BLANCA. — ¡Uhm! A mí nunca me han gustao los abogados. Pero tú, ¿qué vas a hacel?

MARIA ROSA. — Con tal que no se haiga metío en ningún problema con la Compañía.

BLANCA. — Francisco es un hombre tranquilo, mujel. El sabe lo que hace.

MARIA ROSA. — Sí, ya lo sé. Pol eso me angustio más. Seguro que no es ná bueno.

BLANCA. — A lo mejol es una herencia.

MARIA ROSA. — ¿Herencia de quién? Que yo sepa ninguno e' nosotros ha tenío ni donde caelse muelto.

Por el foro aparece Lucía.

LUCIA. — *(Entrando)* Güenas tardes las dos.

BLANCA. — Güenas, mi'ja.

MARIA ROSA. — Güenas tardes, Lucía. Si quieres café, entra pa'allá para la cocina y coge un poco que está acabáito e' colar.

LUCIA. — *(Haciendo lo que le dice María Rosa)* Gracias, que muy bien que me va a venil. *(Desaparece y reaparece casi en seguida con su jarrito)*

BLANCA. — Está siempre ta metía en casa to el mundo haciendo averiguaciones. Mejol le vendría atendel más a lo suyo y dejáse de tanto visito.

LUCIA. — *(Acercándose a María Rosa)* ¿Ansina que es verdá lo que me dijeron, María Rosa?

MARIA ROSA. — ¿Y qué fue lo que te dijeron?

LUCIA. — Que la mujel del inpetor americano, ese nuevo que mandó la Compañía, te había mandao pa'arreglar su ropa?

MARIA ROSA. — ¡Ah!, sí. Pero no veo polque eso tenga que sel motivo e' conversaciones.

LUCIA. — Na, pol hablal. Que yo sepa eso no e' malo. Oyeme, ¿es verdá que se pone unas cosas muy extrañas pol dentro, toas transparentes, llenas de cintas y de encajes?

BLANCA. — ¿Y eso a ti ue te impolta?

LUCIA. — *(Revolviendo la ropa, saca dos o tres camisoncitos muy finos)* ¡Ay mi madre!, ¿qué cosa es esto? *(Los mira por todos lados)*

MARIA ROSA. — *(Tensa)* Parece que son pa dolmil.

LUCIA. — ¿Pa dolmil? *(risita)*

MARIA ROSA. — Eso dicen.

LUCIA. — Como sel finos lo son.

BLANCA. — Pa'dolmil no hace farta tanta historia ni tanto fefere.

MARIA ROSA. — *(Cogiendo uno de los camisoncitos)* A mí me parecen bonitos.

LUCIA. — *(Con risitas maliciosas)* Aseguro que te has puesto alguno.

MARIA ROSA. — ¡Tú te eres que yo estoy loca! Pa' que me voy a ponel una cosa de ésa, yo. Esas cosas no son pa'nosotras. Pa' ponelse eso hay que tenel las carnes blancas, y no habel peldío la juventud trabajando como una mula.

BLANCA. — No seas envidiosa mi'ja, que eso hace daño.

MARIA ROSA. — Si no es envidia, comay. Que va a sel. A mí qué me impoltan los encajes.

BLANCA. — Yo no digo que te impolten, pero la verdá es que tú siempre ha sío medio fantásiosa. La culpa la tuvo tu madre. A la difunta siempre se lo decía. Pa que vamos a ponelmos a pensal en lo que no se puede. Cuando se nace pobre...

LUCIA. — Yo me acueldo que doña Clara nos contaba muchas cosas lindas. Decía que las mujeres en La Bana no se ponían viejas...

BLANCA. — No ve. Eso es lo que yo digo. No pué sel. Cada cual que se confolme con lo que Dios le ha dao.

MARIA ROSA. — ¿Y a nosotros que nos ha dao Dios?

BLANCA. — Mujel, no digas disparates.

MARIA ROSA. — Serán disparates, comay, pero es que a veces me parece que las cosas no debieran sel como son.

LUCIA. — La verdá e' que a mí me gustaría podel usal tónicos como los que se pone la americana esa.

MARIA ROSA. — Ni toa la vida de un hombre trabajando de sol a sol alcanza pa comprar uno, mujel. A vel, ¿cuánto se afirman que pué costar un aparejo de'so con tanto lazo?

LUCIA. — Sabrá Dios.

BLANCA. — Pá mí, como si se pagara en centenes mi'ja.

MARIA ROSA. — Cuando me los dio, con su hablao de trabalengua, me dijo que tuviera cuidao, que cá uno valía como 25 pesos.

LUCIA. — *(Remirando uno de los camisoncitos por todos lados)* ¡25 pesos!

BLANCA. — ¡Ni que fuera de oro!

MARIA ROSA. — Eso e'lo que no debiera sel. Que alguna gente tuviera tanta plata pa gastarla en mierda, y otra viviera así, matándose por el bocao e'comía. Nenguno e'nosotros hemos visto nunca 25 pesos juntos. Ná, que no debiera sel, a lo mejol con un solo emisión de'so no se me hubieran muelto los hijos adentro.

BLANCA. — Siempre terminas por tocal el mismo punto, mujel.

MARIA ROSA. — Hay cosas que no son pa olvidarse en toa la vida.

LUCIA. — De tos modos te quedó Ñico, mujel.

MARIA ROSA. — Menos mal que pudo vivel el pobrecito. Que no me nació como los otros, seco como una piedra. Pero e'que hasta pá tenel hijos hace farta plata. Pa comel y que no se le mueran a uno. Yo bien que se lo decía a Francisco, que nos juéramos de aquí, a otra palte. Arrastrándonos aunque fuera. Que tié que habel un lugar en el mundo

ahonde una mujel puea tenel hijos como Dios manda. Pero él ná, siempre pegao a la tierra. Como si la tierra silviera pa otra cosa que pá enterrarnos a tos. Bien que me hubiera díó. A buscal una esperanza, y no vel como nos vamos consumiundo, como una vela.

BLANCA. — No se pué pensal así, María Rosa. Aquí nacieron to los González.

MARIA ROSA. — Y toíticos se jueron muriendo sin conoel otra cosa que los cañaverales y la palúdica.

LUCIA. — Así es la vida, mujel.

MARIA ROSA. — No, así no pué sel la vida.

BLANCA. — *(Levantándose)* Güeno, mi'hija, yo me voy, que se me va a hacel talde pa preparar la comía pa mi gente. A vel si te cambian los pensamientos, que con pensal no se arregla ná.

LUCIA. — Yo me voy con usté.

MARIA ROSA. — Vuelva pol aquí, comay.

BLANCA. — Cá vez que pueo me doy el brinco. *(Van hacia la puerta las tres)*

LUCIA. — Hasta mañana.

BLANCA. — Que Dios los acompañe, mi'hija.

MARIA ROSA. — Lo mismo le digo, comay. Hasta mañana, Lucía.

(Se van. María Rosa, asomada a la puerta grita:)

MARIA ROSA. — Si ven a Ñico, échenlo pá'ca, que ya debería habel venío.

(Entra y recoge toda la ropa que ya está planchada)

MARIA ROSA. — Güeno, ya está tó. Me duele to el cuelpo. Y ese muchacho sin venil. Dejame vel si enciendo el fogón, que ahoritica hay que empezal a hacel la comía. *(Se va para la cocina)*

La luz se atenúa, como si estuviera atardeciendo, por la puerta, despacio entra Ñico, seguido de Tomasito, hablan cuchicheando, para no ser oídos.

ÑICO. — ¿Tú lo viste como se quedó? Verde como un chipoyo. Y con los ojos abieltos sin miral pa ninguna palte. A mí me dio un susto...

TOMASITO. — Parece que está así desde ayel. Le empozó pol una fiebre.

ÑICO. — Yo no sabía ná. Lo fui a buscal pa que me acompañara al batey, que tengo que dil a llevarle un mandao a mamaíta, y entonces me salió Enriqueta y empozó a lloral. Yo no quería entral, pero fue cuando Juaniquito se puso a dal gritos y entré corriendo polque me parecía que le estaba pasando algo muy malo.

TOMASITO. — A mí me mandó la vieja pa que llevara unas hierbas pa'un cocimiento.

ÑICO. — Oye, tú crees que se puea moril?
TOMASITO. — Yo que sé.
ÑICO. — A mí no me gustaría que se muriera.
TOMASITO. — A mí tampoco.
ÑICO. — Tú sabe, Toas las tardes él y yo nos
dibamos pol ahí, a vel como el sol se va me-
tiendo entre las lomas, y los cañaverales se
ponen tó rojo, como si le hubieran prendío
candela. Ná, y nos poníamos a conversal de lo
que dibamos a sel cuando juéramos grandes.
El siempre me decía que se iba a dil cami-
nando hasta enconral el pueblo ese grande,
de donde vienen los americanos y los señores
esos bien vestíos que se aparecen de vez en
cuando por el batey. Oye, ¿tú sabes qué cosa
es una escuela?
TOMASITO. — Güeno. Me parece que e'un lugal
donde enseñan a escribil y a leel y hacel
números y eso. Mi tío Páncho fue una vez,
cuando era así como nosotros, a un sitio de
eso.
ÑICO. — ¿Y aprendió?
TOMASITO. — Parece que no pudo el mucho
tiempo, y se quedó sin saber ná.
ÑICO. — A mí me gustaría aprendel... Güeno,
pues Juaniquito también habla de que
cuando se vaya va a il a una escuela de'sa.
Dice que me embulle, pa dilnos juntos...
(Medio lloroso) Ahora, a lo mejor se muere
y lo entierran allá, detrás del muro ese lar-
go del cementerio, ahonde no se ve pa fuera...
TOMASITO. — Pa'llá llevaron a mi viejo,
cuando le dieron aquellas toses y empezó a
vomital sangre y después se quedó quieto
como un pollo sin decil ná.
ÑICO. — Yo nunca he visto a un muelto.
TOMASITO. — Ná. Se queda uno sin podel
movelse, y se va poniendo frío y cenizo.
ÑICO. — Si Juaniquito se muere ya no vamos
a salil má a vel cómo se mete el sol detrás
e'las lomas, ni a conversal de lo que vamos a
sel cuando seamos grandes.
TOMASITO. — Si tú quieres, yo voy contigo.
ÑICO. — Güeno, pero no va a sel lo mismo.
TOMASITO. — No. Pero a lo mejor no se
muere.
ÑICO. — Sí, a lo mejor.
(*María Rosa ha entrado a encender el farol,
pues ha ido anocheciendo de a poco, y en
eso ve a los niños, sentados en el suelo.*)
MARIA ROSA. — ¿Se pué sábel que están ha-
ciendo ahí, en la oscuridá, como si fueran
lechuzas? (*Yendo hacia ellos, con el farol en
la mano, que deposita en la mesa*) ¿Y a ti te
parece que éstas son horas de venir? Ya no
me vas a podel lleval la ropa e'la americana,
ni a buscarle a tu padre unos papeles que

quería. Yo no sé qué voy a hacel contigo,
muchacho. A vel, ¿en dónde tabas metío, a
vel?
ÑICO. — Es que, fui a buscal a Juaniquito,
pa que me acompañara, y... y... (*Medio
que llora*)
MARIA ROSA. — ¿Pero, a qué viene ese llan-
to con tanto sentimiento?
ÑICO. — (*Llorando se aferra a la falda de la
madre*) ¡Ay, mamáita!, es que... es que...
MARIA ROSA. — (*Molesta, cariñosa e intri-
gada*) Pero no lloré mi'jo, no lloré. (*A Toma-
sito*) ¿A vel? ¿Me pués decil tú qué es lo
que le pasa a este muchacho?
TOMASITO. — Ná, María Rosa, que me lo
encontré en casa e' Juaniquito y que parece
que... que parece que Juaniquito se puesto
enfelmo y que se va moril (*Casi llorando él
también*)
MARIA ROSA. — ¿Juaniquito? ¿El hijo e'
Caridá?
TOMASITO. — Sí, el mismítico.
MARIA ROSA. — (*Acariciando a Ñico que si-
gue llorando más bajito*) Tá güeno ya, hom-
bre. Tá güeno. (*Transición*) Pero si no pué
sel. Si hace unos días andaba pol ahí mata-
perreando.
TOMASITO. — Güeno, pues ahora se ha puesto
to verde y tiene los ojos abieltos y la gente
le habla y él no entiende ni ná.
MARIA ROSA. — (*A Ñico, agachándose y
abrazándolo*) Vamos mi'jo. Vamos, pol amor
de Dios, no me lloré más. (*Lo alza y se sien-
ta con él en un taburete*) Ná. Si es lo que yo
digo, Vilgen Santa. Si nosotros no debíamos
ni tenel hijo. Pobre Caridá, Dios mío. (*A
Tomasito que se le ha quedado mirando*) Y
tú, vete pá tu casa, que es muy talde y
seguro que tu madre debe estalse preocu-
pando.
TOMASITO. — Güeno, sí, me voy. (*A Ñico,
con timidez*) Ñico, Ñico (*Ñico vuelve la ca-
rita llena de lágrimas, pero sin llorar*) A lo
mejor no se muere, tú sabes... (*Se calla de
repente y echando a correr grita*) Hasta ma-
ñana, Ñico. Hasta mañana María Rosa. (*To-
masito se va corriendo por la puerta del foro*)
MARIA ROSA y ÑICO. — (*Al unísono*) Has-
ta mañana.
MARIA ROSA. — ¿Y a usté? ¿Se le pasó ya
la lloradera?
ÑICO. — (*Compungido*) Sí, es que ná. Juani-
quito es mi amiguito y yo no... (*Empieza
de nuevo a hacer pucheros*)
MARIA ROSA. — Pero no me vuelva a lloral,
hombre. Vamos. Te voy a lleval pa'l cuarto,
pa que duerma un rato en lo que viene tu

padre, ¿quiere? (*Se levanta con el niño en
brazos*) Así se te quita la mala idea.
ÑICO. — (*Mientras la madre lo lleva y lo
acuesta*) ¿Y tú... tú cree que no se va a
moril, veldá?, ¿veldá que no?
MARIA ROSA. — Vamos mi'jito, no piense
más en eso. Quédese así, tranquilo. Con los
ojitos cerrados. (*Arropa al niño, y le da un
beso, y se queda mirándolo un rato, mientras
se duerme*) Pobrecito mi ángel. Yo no quiero
pensal en lo que sería de mí si... Le voy a
decil a Francisco cuando venga que vaya a
avisarle a Felicia mañana bien temprano, pa
que me lo santigue... (*Se oye el galope de
un caballo que se acerca*) Ahí debe estar.
(*Sale para la sala, caminando despacito para
no despertar al niño*)
FRANCISCO. — (*Entrando*) ¿Mandaste a
Ñico al batey?
MARIA ROSA. — (*Haciendo señal de que baje
la voz*) Shhh... No hable tan alto.
FRANCISCO. — ¿Qué es lo que pasa que no
se pué hablar?
MARIA ROSA. — Ná. Es que acosté a Ñico un
rato polque vino muy melvioso y to hecho un
mar de lágrimas y...
FRANCISCO. — ¿Entonces no fue a recoger
los papeles esos que te dije? Estas son las
cosas, carijo, que yo no pueo aguantal. No
te dije bien que...
MARIA ROSA. — (*Interrumpiéndolo*) Déja-
me hablar, ¿no?
FRANCISCO. — A vel, que le pasó ahora.
Cuándo no e'una cosa e'otra.
MARIA ROSA. — Esta vez e'distinto Franci-
co. Aresulta que Ñico fue a buscal a Juaniquito,
el hijo e'Caridá, y el muchacho estaba enfel-
mo y con los ojos viraos pa'rriba y to le mun-
do andaba llorando y entonce Ñico vino pa'ca
con Tomasito y ná más que hablaba de que
si Juaniquito si iba a moril y que sé yo, asi-
na que yo pensé que lo mejor era que se acos-
tara, a vel si se tranquilizaba un poco.
FRANCISCO. — (*Con ademán grave y medio
ocultándole la cara a su mujer*) Sí, ya yo me
había enterao.
MARIA ROSA. — (*Ansiosa*) ¿Y... ha seguí-
do mejor?
FRANCISCO. — (*Bajando la cabeza*) Ahora
cuando venía pa'ca pasé pol allí, y güeno...
ta muelto.
MARIA ROSA. — (*Sollozando*) ¡Dios mío.
FRANCISCO. — Mejor sería que no te dijera
ná, pero parece que hay un andancio de eso.
Ambrosio también tiene un hijo enfelmo con
esa fiebre y la hija e' Pereda dicen que tá
así también.

MARIA ROSA. — ¡Ay, Francisco... yo no
quiero pensar mal... ampáranos Dios mío!
FRANCISCO. — (*Poniéndole una mano en el
hombro*) Tranquilízate, mujel, que lo que
está pa'uno...
MARIA ROSA. — (*Secándose los ojos*) Es
veldá. (*Transición*) Güeno, voy a servil la
comía. Anda tú a despertal a Nico, y no le
vaya a decil ná polque no fue al batey. (*Va
hacia la cocina*)
FRANCISCO. — No, mujel, no. (*Yendo hacia
el cuarto y medio para sí*) Total, mejor será
que yo mismo converse el asunto. Por un día
no se van a empear las cosas.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

*La misma decoración que en el primer acto. Es
de noche, y el farol está encendido en la sala.
En el dormitorio duerme Nico en la cama pe-
queña. En escena María Rosa cosiendo, y
Francisco, sentado a la mesa con el farol al
lado, revisando unos papeles con el ceño frun-
cido, haciendo esfuerzos por atender.*
MARIA ROSA. — ¿Y ese papeleo, se pué sábel
que son?
FRANCISCO. — (*Seco*) Ná.
MARIA ROSA. — ¿No son los papeles esos que
tú querías que Ñico te fuera a buscal en casa
el abogado ése?
FRANCISCO. — Uhm...
MARIA ROSA. — Te pregunto, polque te traes
tanto misterio y yo soy tu mujel ¿no? Bien
que me podías decil.
FRANCISCO. — (*Dando un manotazo y po-
niéndose de pie*) ¿Es que tú no pués tenel la
boca cerrá un momento, mujel? (*Transición.*)
¿Si yo supiera leer, carijo!
MARIA ROSA. — No me grite, hombre. Si tú
quieres yo te ayudo, tú sabes que mi madre,
que Dios la tenga en la gloria, me enseñó
argos.
FRANCISCO. — (*Queda dubitativo un mo-
mento, entre serio y enojado*) ¿Pa qué? Si
naidem puede resolver ná. El mismo doctor
Almeida me dijo...
MARIA ROSA. — A mí no me gusta ese hom-
bre, Francisco, con tanto relójón de oro y
sortija y guayabera e'hilo...
FRANCISCO. — Conmigo se ha portao muy
bien.
MARIA ROSA. — Lo que pasa e' que tú eres
un alma e' Dios y tá creyendo que todo el

mundo e' bueno. Pero a lo último, me vas a decir o ¿no?

FRANCISCO. — Después de tó, más talde o más temprano te vas a enteral, y es mejor que lo vaya sabiendo desde ahora. *(Aguarda los papeles malhumorado y se los tiende)*

MARIA ROSA. — *(Tomando los papeles, se levanta, dejando caer las costuras y va hacia la mesa, a la luz del farol y los hojeca)* Pero esto es... *(Yendo hacia él con los papeles en la mano)* Esto es la escritura e' la propiedad e' la finca. La que te dió el taita antes de morirse...

FRANCISCO. — Anjá.

MARIA ROSA. — Que tú tenía gualdá debajo e' la cama y no quería que naidem la tocara... Y ahora se la has llevao al hombre ese, que sabe Dios lo que se trae entre manos. Yo no entiendo ná, Francisco. No quiero pensal qué... Acaba e' declime de una vez, y no te quede ahí callao como si te hubiera tragao la lengua.

FRANCISCO. — Ná, que ha pasao lo que tenía que pasal. Que cuando a esa gente se le mete en la cabeza que una tierra silve pa' algo, vienen como auras y se la quitan a uno.

MARIA ROSA. — Ansiná que ése era el asunto... Que hasta el pedazo e' tierra miserable se lo quieren quitál a uno como si uno no tuviera derecho, ni aunqué fuera, a la tierra que está pisando... ¿Y tú qué vas hacel, te vas a quedál ahí, con los brazos cruzaos?

FRANCISCO. — Como si alguna vez, alguno e' nosotros hubiera podío hacel ná. El dotol Almeida dice que la escritura tá mal, que le falta un cuño, vaya a saber, y que los linderos no están claros.

MARIA ROSA. — ¿Y tú vas a creel lo que diga el desgraciao ése? Los papeles dicen lo que tienen que decir. Lo que pasa e' que tú siempre has sío así, que aguanta y aguanta como los bueyes.

FRANCISCO. — No me pinche, mujel.

MARIA ROSA. — La culpa e' tó la tienes tú pol no haberme hecho caso. Nos hubiéramos ido de aquí. Entonce éramos jóvenes y teníamos más ilusión. A lo mejor la vida hubiera sido diferente. Pero tú ná, aferrao a la tierra, como si te hubieran erecío raíces. La verdá que te digo que a mí me da igual. Lo único que se me reconcomen las entrañas de pensal que nos puean sacal de aquí. Y que ya estamos viejos, pa' empezal pol otro lao. Que sí no...

FRANCISCO. — Yo no me podía dil. ¿Qué íbamos a hacel nosotros por ahí, por los caminos?

MARIA ROSA. — ¿Y ahora? Ahora nos van a botal como si júeramos animales. *(Del exterior llega la voz de Ignacio)*

VOZ DE IGNACIO. — ¡Francisco! ¡Francisco!

MARIA ROSA. — Debe ser Ignacio.

FRANCISCO. — *(Asomándose a la puerta)* Entren pa dentro, compay. *(Entran Ignacio y Domingo. Se quitan los sombreros)*

IGNACIO. — Güenas noches, Francisco. Güenas, María Rosa.

DOMINGO. — Güenas.

MARIA ROSA. — Síntense. ¿Quieren un poco e' café?

DOMINGO. — Se agradece. *(María Rosa se va a la cocina. Los hombres se quedan sentados. Francisco permanece de pie)*

DOMINGO. — Tienes la cara más seria que si hubieras visto a un aparecío, Francisco.

FRANCISCO. — ¿Y qué cara quiere que tenga, compay?

IGNACIO. — Lo que tiés que hacer, es que decidilte.

FRANCISCO. — ¿Decidilme a qué?

DOMINGO. — Eso es cosa e' loco, Ignacio.

IGNACIO. — Pol lo menos se van a encontral, que por una vez, los guajiros, seremos to lo bruto que se quiera, pero sabemos defendel lo que nos corresponde. Hay mucha gente que piensa como yo, Francisco, y que está dispuesta a jugársela.

FRANCISCO. — Gracias, compay. Es que no se...

IGNACIO. — Que no se diga que tienes miedo, Francisco.

FRANCISCO. — Mira, compay. Francisco González nunca ha sío cobarde.

DOMINGO. — Tú tienes razón. No vale la pena hacel ná. Como quiera que te ponga, cuando el rayo viene pa' encima e' uno, te coge.

IGNACIO. — Oye, Francisco, no le hagas caso a Domingo. Yo sé que la rural va a cael pol aquí el día menos pensao. No le estés poniendo asunto ni al abogado, ni al juez, ni a naidem. La cosa e' no dejarlos ilegal. Loj encontramos allí, en la hondoná a la salía er batey, y los matamos como un perro. Nunca mandan más de dos pa' estas cosas.

DOMINGO. — Pa que después manden diez y acaben con to el mundo! Se ha vuelto loca esta gente.

FRANCISCO. — Qué va, compay. Domingo tiene razón. Nosotros no tenemos armas, ni ná.

IGNACIO. — Yo tengo una escopeta.

DOMINGO. — Y los gualdías tienen ametralladoras.

FRANCISCO. — No se pué hacel ná, ná, ná. Pienso en esto y se me enciende la sangre como un fósforo.

MARIA ROSA. — *(Entrando con los jarros de café. Murmurando)* Total, no se pa qué tanto lío con la tierra ésta. Pa lo que silve. Se mata una trabajando pa' ella y ná más se saca lo suficiente pa no morilinos de hambre. *(Va sirviendo el café)*

FRANCISCO. — Tá güeno ya, María Rosa, tá güeno. Yo sé que a ti nunca te ha impoltao la tierra, mujel, pero a mí me impolta y no ando pensando si da o no da. Me impolta porque es mía ¿entiende? porque es mía.

MARIA ROSA. — Sí, tuya, tuya, tuya hasta que vengan los rurales. Aquí no hay ná de naidem. El que puede, puede, y al infeliz que lo parta un rayo. Ni derecho tiene uno a vivíl como las persona.

DOMINGO. — El sol no sale ná más que pá algunos cuantos. Los demás vivimos ahí, oltaos de la mano e' Dios. Desgraciadamente en este país, la plata e' los americanos siempre ha contaos ms que la vida e' los guajiros.

IGNACIO. — Ende que nací, lo único que estoy oyendo son lamentaciones. Que si los americanos, que si la gualdía rural, que si el Gobierno. Yo lo que digo e' que de ná valen las lamentaciones, que lo que tenemos que hacel e' echal pa' alante. ¿Me estás oyendo, Francisco?

FRANCISCO. — Mira, Ignacio. Lo que tú dice, no pué sel. Con eso no se iba a adelantál ná. Y no pueo echarme esa responsabilidad encima. Es mejor que me desgracie yo solo.

IGNACIO. — ¿Y tú anda creyendo que la cosa se va a paral ahí. Ellos van a seguirl. Hasta que no se nos lleven hasta el aire e' la respiración, no nos van a dejál tranquilo.

FRANCISCO. — No pué sel, Ignacio. No pué sel.

IGNACIO. — Tá bien. Pero óyeme lo que te voy a decir. Tú dirás que la cosa no es asunto mío. Pero como yo los vea veníl, te aseguro que no me voy a quedál con los brazos cruzaos. Güeno, ya no hay más que hablál. Mejor será que me vaya. Hasta mañana. *(Enojado, se va rápidamente)*

FRANCISCO. — *(Siguiéndolo)* ¡Ignacio! Pérate, hombre...

DOMINGO. — Déjalo, compay. Es la juventud. Cuando yo tenía su edad cogí el mache y me fui a peleal pa' la manigua.

FRANCISCO. — Pué sel que él tenga razón.

DOMINGO. — ¿Y que hay con eso? La razón la tiene siempre el que está arriba.

MARIA ROSA. — Si yo pudiera...

FRANCISCO. — Sí tú pudiera, ¿qué?

MARIA ROSA. — Ná.

FRANCISCO. — Dilo de una vez. Ya me tiés cansao con la misma cantaleta. ¿Te hubieras dío ¿no? Pero yo no. ¿Entiende? A mí me gusta trabajal la tierra, y ver cómo se abre pá paríl y se llena e' flores. Y sentil el olor a hierba y...

MARIA ROSA. — Ná, si yo no digo ná.

FRANCISCO. — *(Dándose cuenta de la realidad)* Pero van a veníl y me la van a quitál, y yo, y yo... Me van a tenel que matal, Domingo. A mí solo, aquí, pegao a esta tierra.

DOMINGO. — Güeno, ya y entoavía el abogado pué que arregle algo. Que no te lo quiten tó.

MARIA ROSA. — Al dotoleito ése seguro que ya le han puesto el bolsillo en remojo. *(En el dormitorio, Níco empieza a quejarse, primero bajito, luego más alto)*

NÍCO. — ¡Aay! ¡Uhm! ¡Ay! Mamaíta. ¡Ay! ¡Ay!

MARIA ROSA. — *(Sobresaltada, yendo hacia el dormitorio)* Es Níco. ¿Qué tendrá, Dios mío? Voy, mi'jito, voy.

DOMINGO. — ¿Tá enfelmo el muchacho?

FRANCISCO. — Ná. No debe tenel ná. Es igual que la madre. De seguro que se ha impresionado por lo de Juaniquito, y ya us-té sabe. Sería lo único que me fartaba.

MARIA ROSA. — *(Sentada en la cama del niño)* ¿Qué tiene mi'jo? ¿Qué le pasa a mi hombrecito, a vel? ¿Tás caliente? *(Le toca la frente, retirando la mano asustada.)* ¡Ay, Madre de Dios, si está que arde! *(Llamando)* ¡Francisco! ¡Francisco! Níco se ha puesto malo.

FRANCISCO. — *(Mira a Domingo)* Tá viendo, compay. *(Corriendo al dormitorio)* Voy, mujel, ya voy.

DOMINGO. — *(Se queda en la sala. Reflexivo)* Bien dice la gente que las desgracias nunca vienen solas. Siempre traen compañía.

FRANCISCO. — *(En el dormitorio, le toca la frente al niño)* Tá volao en calentura.

NÍCO. — *(Quejumbroso)* Me duele tó el cuello... y... *(sacando la lengua)* tengo la lengua seca como un papelito.

FRANCISCO. — Dale un poco de agua, mujel.

MARIA ROSA. — *(Angustada)* Sí, si en seguida mi'jito. *(Corre a la cocina, murmurando "Ay, Dios mío", y haciéndose cruces. Domingo, al verla pasar, hace como un ademán de decirle algo, pero luego se arrepinte.)*

NÍCO. — *(A Francisco)* ¡Me... me pasará igual que a Juaniquito, papá? Yo no quiero

ta, le agarra las manos a Felicia) ¡Ayúdeme, Felicia! ¡Ayúdeme pá que no se muera!

FELICIA. — (Seca y deshaciéndose de María Rosa, se adelanta a la camita) Se hará la voluntad de Dios. (Mira al niño) ¡Hicieron tó lo que yo dije?

MARIA ROSA. — Hicimos tó, Felicia.

LUCIA. — (Entrando con el cocimiento en la mano) Le puse tó la que traía...

FELICIA. — (Inquisitiva) ¿Y eso qué es?

LUCIA. — (Tímida) Cocimiento e'caña, santa Felicia. Dicen que e' bueno pá bajar la calentura.

FELICIA. — Tá bien. Dáselo. (A María Rosa) Traíme un vaso de agua.

MARIA ROSA. — En seguida, Felicia. (Vase)

LUCIA da el cocimiento al niño en lo que María Rosa regresa rápidamente con el vaso.)

MARIA ROSA. — (A Felicia) Aquí tiene.

FELICIA. — (Toma el vaso y le hace unos pases misteriosos con la mano y extrae del seno un montón de hierbas, que introduce en el agua, secándolas después. Persignándose) En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

BLANCA, LUCIA y MARIA ROSA. — (De rodillas) Amén.

FELICIA. — (Agita las hierbas sobre el cuerpo del niño, que empieza a quejarse) Que la frescura del agua te saque la calentura. Yo te santiguo y ordeno al diablo que tienes en el cuerpo, que por las santas llagas de Cristo y por el signo de la cruz se retire. (Hace una gran cruz sobre el cuerpo de Nico) Que la bondad de Dios te dé salud y los santos te den luz.

MARIA ROSA, BLANCA y LUCIA. — Así sea.

FELICIA. — (Poniéndose de pie) Ahora no queda más ná que hacel. Si la voluntad del Altísimo es que sane, sanará. Si es que muera, morirá. (María Rosa, al oírlo, llora) No hay que llorar, María Rosa. El hombre no es naidem pa pedirle cuentas a Dios. Vamos a rezarle a la Virgen pá que interceda por él. Ella es muy buena pá estas cosas. (Se arrodilla y empieza con voz aguda) Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, etc.

MARIA ROSA, BLANCA y LUCIA. — Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, etc.

(Por la puerta del foro aparece el Guajiro 1º)

GUAJIRO 1º. — ¡Qué hubo, compay? Me acaban de decil ahoritica mismo que Nico iba mal, y corrí pa'cá pol si algo se ofrecía.

FRANCISCO. — Se agradece, compay. Lo que me embroma es no podel hacel ná.

DOMINGO. — Has hecho lo que has podío.

FRANCISCO. — Pero es que uno no pué ná. Eso es lo que no quiere entended Ignacio.

DOMINGO. — Tú sigue con el mismo pensamiento.

GUAJIRO 1º. — Ayel vi a Ignacio. Taba parao enfrente e'casa e Mistel Jarrinson, el impetol, mirando que se le querían salil los ojos, mientras jugaban los niño en el jardín. Cuando fui a saludarlo casi ni me contestó, lo único que dijo fué: "Mira qué saludables son los hijo e'los americanos". Pa mí que anda mal del cerebro.

(Del dormitorio llegan los quejidos de Nico que se revuelven en la cama. Los hombres quedan como paralizados, Francisco se acerca al dormitorio.)

NICO. — (Delirando) El monte se ha puesto rojo... Rojo pol tós laos. Juaniquito me está llamando... Yo no quiero dil... ¡Mamá!...

MARIA ROSA. — (Abalanzándose sobre el niño) ¡Nico, mi'jo! Se muere, ¡ay, mi madre, Vilgen Santa, se muere, yo no quiero que mi'jito se muera.

NICO. — Por tos laos, la candela roja... to el monte rojo (Se incorpora) El monte prendio me viene pa'arriba. ¡Mamá! ¡Sálvame ma-maita! La candela ardiendo colorá...

MARIA ROSA. — Cálmese mi'jito, cálmese...

NICO. — Que me quema... me quemá... Mamá... Me... me... (Una expresión de intenso sufrimiento desfigura el rostro del niño, alza las manos como para defenderse) Ma... ma... i... (cae hacia adelante muerto).

MARIA ROSA. — ¡Nico!... ¡hijo mío! (solloza) ¡No pué sel, Dios mío! (Lo sacude) ¡Antoñico mi'jo! ¡No se pué moril, Virgen Santa, ¡Ay! ¡Pol qué tenías que llevártelo, Dios mío? Mi'jito... mi'jito... mi'jito, Dios mío... (Solloza fuertemente)

(Las mujeres al ver que Nico ha muerto, prorrumpen en gritos y lamentos. Sólo Felicia permanece serena y trata de separar a la madre del cadáver de su hijo. Domingo y el Guajiro 1º se asoman a la puerta del cuarto con rostros de pena. Francisco entrando a la habitación, queda de pie en el centro, con semblante hosco y alado.)

MARIA ROSA. — (A Felicia) Déjeme... Déjeme con él. (Abrazada al cuerpecito y llorando) Déjeme con mi'jito. (Dolorosa) Con mi'jito que se me ha muelto... que se me ha díó pá siempre... Déjeme... Déjeme... (En su lucha con Felicia, que la quiere desasir del cuerpo del niño, ve a su marido de pie, solo y apesadumbrado en medio del cuar-

to, y con un grito desesperado va hacia él)

FRANCISCO! (Se abraza a su marido fuertemente y llora) Se nos ha muelto, Francisco... Se nos ha muelto... (Francisco abraza apretadamente a su mujer y hundiendo su rostro en el hombro de ella, se une a su llanto)

Mientras, Felicia le cierra los ojos al niño, y acostando al pequeño cadáver le cruza las manos sobre el pecho, colocando entre ellas un crucifijo, endereza sus piernas y arregla las sábanas.

FELICIA. — (Tocando con su mano derecha le frente, el pecho, las manos y los pies del cadáver) Que la sangre que Cristo derramó por nosotros limpie tu alma de peado, para que en el cielo dé testimonio de la bondad del Señor. Que la Gloria del Todopoderoso te acoja para siempre en su reino. Que tu muerte se convierta en vida eterna por la misericordia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Enciende una vela y la coloca sobre el velador) Que la luz ilumine tu camino. (Hace una gran cruz sobre el cadáver y se va sin despedirse de nadie, hosca y severa.)

(Mientras Felicia realizaba su esotérica liturgia, las mujeres, Blanca y Lucía, se fueron calmando lentamente, y de rodillas comienzan a rezar, en voz baja y monacorde. María Rosa y Francisco se han ido separando lenta e imperceptiblemente, y con sus rostros tensos y trágicos miran a Felicia. El Guajiro 1º y Domingo se acercan al matrimonio)

DOMINGO. — (Dándole la mano a Francisco) Ya tú sabes, compay. (A María Rosa, poniéndole la mano en el hombro) A ti no te digo ná, María Rosa.

(El Guajiro 1º, sin hablar, extiende la mano a María Rosa y luego a Francisco, de modo que resulte una acción simultánea con la de Domingo.)

MARIA ROSA. — (Llorosa, mientras recibe el pésame de los hombres) ¡Quién me lo iba a decil... mi'jito...! ¡Y ahora qué voy a hacel? Ya yo no quiero vivil má... (Entrando en crisis nerviosa) Pá qué voy a seguirl vi-viendo... Yo me quiero moril... morilme y que me entierren con él... Con mis hijitos... Muelta mejol... muelta...

(Blanca se levanta y abraza a María Rosa y la va llevando hasta hacerla arrodillarse. María Rosa se va calmando y se une al rezo, estallando de vez en cuando en lamentos y sollozos y abrazándose a su hijo.)

BLANCA. — (Llevando a María Rosa) Vamos, mujel, ven a rezal, vamos.

MARIA ROSA. — (Dejándose llevar) ¡Ay, Blanca! ¡Mi'jito, Blanca...!

FRANCISCO. — (A Domingo y el Guajiro 1º)

¡Qué cosa ésta, caballeros! ¡La veldá e' que me ha paltío como un rayo!

DOMINGO. — (Echando un brazo por los hombros) Ven pa'cá, compay. (Lo lleva a la sala, donde se sientan, el Guajiro 1º los sigue.) (En el cuarto quedan las mujeres con sus rezos.)

GUAJIRO 1º. — (Con pena) Güeno... Hay que ocupalse e'trael la caja, Francisco.

DOMINGO. — Sí, lo mejol será díl a casa e' Pedro ensegua.

FRANCISCO. — (Alado) Lo enterraré al laito e'los otros dos, pá que no se quede tan solo. (Solloza) Usté sabe, compay, él era un poco raro, le tenía miedo a la oscuridá. Y yo siempre lo andaba regañando, pá que aprendiera y se me hiciera un hombre. Siempre estaba pensando en otra cosa... Pero yo lo quería compay... ¿Cómo no lo iba a querel? (Agacha la cabeza y se cubre los ojos con las manos. Domingo le pasa el brazo por encima mientras le dice al Guajiro 1º)

DOMINGO. — Océpate tú de eso. Yo me quedo con Francisco.

GUAJIRO 1º. — Tá bien. (Se va)

(Por la puerta entra Tomastio, pálido)

TOMASITO. — (Se va a dirigir a Francisco, pero Domingo le hace señas que lo deje tranquilo. A Domingo, en un susurro) Entonces, ¿es veldá?

DOMINGO. — Sí.

TOMASITO. — (Casi llorando, pero conteniéndose) Yo no lo quería creel Me parecía que a él no le podía pasal ná. (Con voz más firme) Entonce, Ignacio tenía razón.

DOMINGO. — ¡Qué tú tá diciendo?

TOMASITO. — Ná, Yo sé. (Yéndose) Me voy.

DOMINGO. — (Incorporándose) ¿Qué es lo vas a hacel? ¿No vas a entrar pá vel a Nico?

TOMASITO. — (Desde la puerta) No. No hace farta. Me voy, me voy a buscal a Ignacio. (Se va)

DOMINGO. — (Adelantándose) Oye... Oye... (Domingo se queda parado en mitad de la escena. Francisco levanta la cabeza)

FRANCISCO. — ¿Qué pasa?

DOMINGO. — Ná. Tomasito... No sé..., no quiso entral...

FRANCISCO. — Tendrá miedo de vel a un muelto.

DOMINGO. — (Volviendo sobre sus pasos) Sí, tendrá miedo. (Saca un cigarro) ¿Quiere fumal?

FRANCISCO. — (Cogiendo el cigarro) Tengo la boca seca y la garganta apretá.

(Domingo vuelve a sentarse. Los hombres fuman en silencio.)

(A poco entran algunos guajiros y guajiras. Le

dan la mano a Francisco. Algunos murmuran de manera audible el usual "Le acompaño en su sentimiento". Pasan después al dormitorio, y saludan de igual modo a María Rosa. Las mujeres se quedan en el dormitorio, uniéndose a los rezos. Los hombres van a la sala, acomodándose lo mejor que pueden. Alguna mujer prepara café y lo reparte entre los presentes.)

FRANCISCO. — Ná. Lo mismo e'siempre. La fibrecita, y luego empezó a delirar. Y ya usté ve.

GUAJIRO 3º. — Igualito que el de Caridá.

FRANCISCO. — (Abatido y ceñudo) Igualitico que tés, compay. Tenel hijo pá que se los coman la enfelmedades.

GUAJIRO 2º. — (Resignado) Siempre ha sido igual.

FRANCISCO. — (Con cierta alteración en la voz) Pero a mí me está pareciendo, compay, que algún día tendrá que ser diferente. Polque la veldá es que no es de hombres aguantal tanto. Tá güeno lo güeno. Tá güeno trabajal, que el trabajo no hace mal a nadiem. Lo que no está güeno es vivil como si júeramos animales.

GUAJIRO 3º. — Tíe razón Francisco.

FRANCISCO. — (Desesperado) Pero con tenel razón no se pué revivil a los hijos. (Se levanta y con la cabeza baja se encamina al dormitorio, situándose a los pies de la camita del niño mirándolo con honda desolación.)

GUAJIRO 2º. — La veldá e'que a Francisco le ha caído tó arriba. Ayel me enteré que pol fin le van a quitál la tierra.

GUAJIRO 3º. — (Con cierta violencia) Pá que luego le vengan a hablal a uno e' justicia. La justicia la hicieron pá los que tienen plata pá pagarla. Parece mentira, compay, que a un hombre honrao le puen hacel estas cosas.

GUAJIRO 2º. — En este país se hacen muchas cosas que no se puén hacel. (De repente se escucha un tableteo de ametralladoras. Los hombres se ponen de pie. Francisco pasa rápido a la sala. Las mujeres se sobresaltan.)

MARIA ROSA. — ¿Qué fue eso? ¡Dios mío! ¡Blanca, por su madre...!

BLANCA. — (Nerviosa) Ná, si no es ná. Tranquilízate.

MARIA ROSA. — No quiero pensal que...

BLANCA. — Vamos a seguirl rezando. (A las demás) Vamos. (Se arrodillan de nuevo, aunque hay cierta intranquilidad.)

FRANCISCO. — ¿Qué fue eso?

DOMINGO. — Parecía una balacera.

GUAJIRO 3º. — Yo voy a vel. (Da unos pasos para irse, cuando entra Tomastito corriendo y jadeante. Todos se le acercan)

FRANCISCO. — ¿Qué fué?

TOMASITO. — (Entrecorrido) Los... los... rurales... que vienen pá'cá. Ignacio les tiró con la escopeta... Entonces ello le cayeron atrás. Yo taba con él. Pero me dijo que viniera pa'cá... A avisarle a ustedes.

DOMINGO. — ¡Está loco!

FRANCISCO. — Pero, ¿se escapó?

TOMASITO. — No sé. Cogió pá'las lomas.

DOMINGO. — Con tal que no hayan matao. (Se oye el galope de caballos que se acercan.)

GUAJIRO 3º. — Por ahí vienen.

GUAJIRO 2º. — Son más de uno. Por el ruido e'las pisá e'los caballos se me figura que son dos.

(Los caballos se acercan hasta detenerse. Un perro ladra furiosamente.)

VOZ DEL GUARDIA 1º. — ¡Tate quieto perro e'mierda, que te pego un balazo.

(El perro aulla lastimeramente como si le hubieran pegado una patada.)

DOMINGO. — (A Francisco que intenta ir hacia la puerta) Quédate aquí, compay.

FRANCISCO. — Pero cómo los voy a dejal entral, Domingo, con Nico ahí.

DOMINGO. — (Sujetándolo) Que no salgas, te digo. Es mejor que entren.

(Los rurales entran. Vienen sudorosos. Prepotentes y desfachatados.)

GUARDIA 1º. — ¿Qué es lo que pasa aquí con tanta gente?

GUARDIA 2º. — Traemos un mandamiento del juez. ¿Quién es Francisco González, a vel?

DOMINGO. — (A los guardias) Más respeto, que aquí hay un niño de cuerpo presente.

GUARDIA 1º. — A quien hay que respetal e' a la autoridad, viejo e'mierda. Tá güeno ya e'tanto cuento. A vel, ¿Francisco González ahonde está?

FRANCISCO. — (Adelantándose) Francisco González soy yo.

GUARDIA 2º. — (Le alarga un papel) Aquí tiene.

(Francisco examina el papel cuidadosamente. Los presentes rodean a los guardias con semblantes tensos. Las mujeres se acercan. María Rosa se queda de pie en la puerta del dormitorio, mirando lo que pasa. Sólo Blanca permanece indiferente, junto al niño.)

GUAJIRO 3º. — (Con coraje) ¡Esto me falatba por vel! ¡Es que a ustedes no le enseñan a tenel un poco e'sentimiento en los cuarteles?

Hay que sel muy mal hombre pá no respetal ni a los muertos!

GUARDIA 1º. — (Amenazador) Mire lo que dice, amigo, que va preso.

GUARDIA 2º. — Nosotros hacemos lo que nos mandan.

FRANCISCO. — (Después de haber mirado el papel, se lo entrega a Domingo) Mire a vel, Domingo. Usté que entiende de letra mejor que yo.

(La situación es tensa. Todos quedan pendientes de la lectura de Domingo.)

DOMINGO. — (Nervioso. Leyendo trabajosamente) Al señor Francisco González Espinoza. Se le ordena en nombre de la ley, que abandone, dentro del término de 15 días, los predios de la finca "La Carmita", comprendida entre el camino real, doce cordeles hacia el sur y de este a oeste por las tierras, propiedad del ingenio "Refining Sugar Trust Company". Caso de no hacerlo se le aplicará la sanción correspondiente, con todos los rigores de la ley. (A medida que ha ido leyendo, su voz se ha hecho lenta y penosa, como si cada palabra que pronunciara le produjera un dolor intenso. Al concluir, le entrega el papel a Francisco sin mirarlo.)

GUAJIRO 2º. — (Compasivo) ¡Alabao sea Dios! FRANCISCO. — Esto no pué sel. No me puén hacel esto ahora que tengo a mi'jo ahí tendío. Este papel tá equívocao.

GUARDIA 2º. — Lo sientao amigo, ya usté ha oído. Si no se larga en el tiempo que dispone el mandamiento, nos veremos obligados a proceder.

FRANCISCO. — Les digo que no, que no pué sel.

DOMINGO. — (A los guardias) ¡Pero qué clase de hombres son ustedes? No están viendo que el hombre no pué más. ¡Hay que tener la entraña muy negra pá hacel lo que haean.

GUARDIA 1º. — Se calla viejo, o...

GUARDIA 2º. — Ta güeno ya. Nosotros cumplimos con nuestro deber.

FRANCISCO. — (Desesperado) Es que no pué sel. Es que la tierra es mía. Tó el mundo lo sabe. Esta gente tá equívocá. No me la puén quitál así.

GUARDIA 2º. — La ley es la ley.

FRANCISCO. — (Dolorosamente agresivo) Mire, compay, un hombre no pué aguantar tanto. ¿Tá oyendo? Tengo un hijo muolto ahí, ¿sabe? Y naidem me va a venil a decilme que me vaya pol que le dé la gana. Yo no sé ná e'leye

ni de papeles. Yo na más que sé que lo que es mío, es mío, y lo que es de otro, es de otro. Y esta tierra es mía, ¿sabe? Y no se la pienso dejal a naidem, ni hoy, ni mañana, ni nunca. (Abalanzándose sobre uno de los guardias) No me la van a quitál... No me la van a quitál... (Forcejea con el Guardia 1º mientras Domingo y el Guardia 2º tratan de dominarlo sujetándolo por los brazos) No me la quitan, no me la puén quitál.

DOMINGO. — Tá güeno, Francisco. Tá güeno, compay.

GUARDIA 1º. — (Arreglándose la ropa) Vaya con cuidao amigo.

MARIA ROSA. — (Yendo hacia Francisco) No impolta, Francisco. Ya no impolta ná. Si hay que dilse, nos vamos. A grital por ahí pol los caminos, pá que la gente nos oiga. Pá lo que impolta la tierra. La tierra ná más silve pá matarse trabajando encima de ella, y pá que mi'jo (Llorosa) Pá que mi'jo se me vaya a pudril en su mala entraña. La tierra tá maldita pá nosotros, Francisco. La tierra tá maldita y nos ha maldecío. (Histérica) Pero yo la maldigo, Francisco. ¡Maldita sea la tierra! ¡Maldi...!

FRANCISCO. — (Zafándose del guardia y de Domingo, que lo tienen sujeto, va hacia su mujer y la sacude por los brazos) ¡No, María Rosa! ¡No, mujel! ¡La tierra no! ¡La tierra no! (Se abraza a ella que solloza) La tierraaa nóoo...

(La luz se va atenuando, mientras muy lentamente empieza a caer el telón y se escucha la voz de Ramón, alta y fuerte, en una décima. Los personajes quedan inmóviles.)

VOZ DE RAMON. —

La muerte vino en la rosa,
la muerte vino en el viento.
Anda muerto el sentimiento.
Canta la muerte en mi fosa.
El niño soñó en la hermosa
sombra del aire sincero.
Al machete justiciero
volvió la mano insumisa.
Yarey de estirpe mambisa
canta por mi pecho entero.

FIN

CeDInCI

“Estas gentes no van a perdonar nunca que hayan venido los guajiros barbudos de por allá a arreglar las cosas aquí. Antes decían que el guajiro era bruto, que le daban a tomar agua con hielo y que se llevaba la ‘pedra de enfriar’, pero ahora resulta que vino el guajiro, salió de las montañas, vino con barbas a arreglar la República, y ahora los inteligentes de siempre, que creían que lo sabían todo y no sabían nada, porque no arreglaron nada en 50 años de República, tienen que sentirse un poco fastidiados de que ustedes y nosotros, sencillamente, sin vanidad, con honradez, con humildad, estamos arreglando la República y la vamos arreglar bien arreglada, pase lo que pase y cueste lo que cueste.”

FIDEL CASTRO

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 645.875 — Hecho el depósito que marca la ley

situación — casilla de correo 3115 — buenos aires — argentina — 1960

impreso en “stilograf”, s. r. l., gral. manuel a. rodríguez 2548 — buenos aires (república argentina)